

AMÉRICA EN LA HISTORIA, DE LEOPOLDO ZEA

Pablo Guadarrama González

A nuestro juicio, El libro *América en la historia* (1957), de Leopoldo Zea, constituye, sin duda, uno de los puntos esenciales en la evolución intelectual del notable pensador mexicano. Sin embargo, esta obra no ha ocupado generalmente la atención especial de investigadores de su pensamiento. Tal vez el hecho de que su objeto fundamental no es la historia de alguno de los momentos del pensamiento filosófico latinoamericano –como fue lo más común en sus estudios, tanto antes como después de la publicación de este–, ha dado lugar a que no haya sido tomado en debida consideración por parte de los estudiosos de las ideas filosóficas en esta región.

Escrito en un estilo ensayístico, tan común a su forma de pensar con profundidad y a la vez claridad¹ –al igual que los mejores exponentes de la producción filosófica latinoamericana–, no pretende ser un ambicioso tratado sobre la relación de América con el mundo, sino una reflexión desde la filosofía de la historia de lo que ha sido y debería no haber sido la relación de las dos grandes áreas socioeconómicas, políticas

¹ “[...] una de las notas distintivas de su estilo ensayístico: la profundidad del tema no debe afectar la claridad de la exposición”. J. L. Gómez-Martínez, “Leopoldo Zea (1912-2004)”, en E. Dussel, C. Mendieta y C. Bohórquez, *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino”*, CREAL/Siglo XXI, México/Buenos Aires/Madrid, 2009, p. 839.

y culturales devenidas del diferente proceso de conquista y colonización: la América sajona y la latina.

Se trata de una obra elaborada, en consecuencia, con su idea de concebir a “América como tarea y revelación”,² no simplemente para reflexionar sobre las causas del diferenciado protagonismo de ambas partes de América en el contexto histórico mundial, sino una especie de convocatoria a la acción para tratar de cambiar el rumbo de la historia, al menos para los países latinoamericanos.

En esta obra se puede apreciar la paulatina inflexión que se iba produciendo en su evolución filosófica,³ en la que, dada la influencia de su maestro Gaos, su visión de la historia y la filosofía estaría permeada inicialmente por la perspectiva hegeliana y heideggeriana. Sin renunciar de forma categórica a tales perspectivas, comenzaban a aflorar –sin necesidad de proclamarlo o reconocerlo– cada vez en mayor medida elementos de una concepción materialista de la historia, entrelazados con esa “vocación dialéctica que muestran todos nuestros grandes pensadores, aun cuando esto no surja de modo explícito”,⁴ como sostuviera Roig.

Si bien fluye en su análisis la perspectiva autocrítica sobre los obstáculos que se le impusieron a Latinoamérica en su participación en el proceso de construcción de la modernidad –entre ellos el lastre de una concepción y práctica de la cristiandad muy diferente a la emanada del mundo anglosajón–, inicialmente pareciera que el énfasis en los epifenó-

² C. Beorlegui, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*, Bilbao, Universidad del Deusto, 2004, p. 594.

³ Véase P. Guadarrama, “La evolución de las ideas de Leopoldo Zea como antecedente y pilar de la filosofía latinoamericana de la liberación”, en *Lateinamerika*, núm. 2, Rostock, 1987, pp. 9-26 y *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, núm. 13, La Habana, 1987, pp. 131-149.

⁴ A. A. Roig, *Caminos de la filosofía latinoamericana*, Maracaibo, Universidad del Zulia, 2001, p. 30.

menos, como los factores espirituales y culturales⁵ en perspectiva weberiana, opacaran de manera parcial los móviles reales que impidieron a España, Portugal y a sus colonias transatlánticas participar activamente en el dinámico proceso de la revolución industrial y asumir un papel más protagónico en el devenir de la moderna sociedad capitalista. Esto se observa al señalar que “el latinoamericano se sabía formado en la cultura europea cristiana que había sido puesta en crisis por la modernidad”.⁶

Sin embargo, posteriormente Zea profundizaría en algunas de las causas fundamentales que impulsaron los cambios socioeconómicos de la temprana transformación capitalista de manera diferente en ambas regiones de América, aunque enfatizando en el no despreciable papel de los factores ideológicos, entre los que destacaría el individualismo burgués como factor depredador inherente al devenir del capitalismo.

Nadie debe poner en duda la dinámica interacción que se produce no sólo entre los diversos elementos de las superestructuras de las sociedades, pero pensar que el factor cultural, ideológico o espiritual resulta determinante en el devenir de los procesos socioeconómicos, productivos, mercantiles, etc., puede resultar tan desproporcionado como lo contrario; esto es, en equivocada perspectiva economicista considerar que tales factores materiales desempeñan un exclusivo y determinante papel en el desarrollo del devenir histórico, con lo cual se subestima la significación de los componentes ideológicos, religiosos, éticos, etc., que siempre están presentes en toda obra humana y coadyuvan a su conformación. Zea logra na-

⁵ Con razón apunta Alberto Saladino que: “Por su *praxis* filosófica se entiende su propuesta de liberación que si bien trasluce los aspectos económico-sociales, se reduce básicamente a su carácter cultural”. A. Saladino, “Humanismo pleno de Leopoldo Zea Aguilar”, en <http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/mexico/zea.htm>

⁶ L. Zea, *América en la historia*, México, FCE, 1957, p. 17.

vegar con éxito entre el Escila y el Caribdis del economicismo y el ideologismo.

Cuando Zea profundiza en el hecho de que:

el capitalismo venía a representar el progreso en los países de donde era originario, no así en los pueblos que sufrieron su impacto y pagaron con su miseria la prosperidad a que, se decía, estaba llegando el mundo gracias al sistema capitalista.⁷

Evidentemente, se inclina más hacia la concepción materialista de la historia, proceso este que se incrementaría de manera considerable en obras posteriores como *Filosofía de la historia americana* (1978) —en el que insiste en su propuesta de proyecto asuntivo que parte de la realidad latinoamericana para transformarla—⁸ y otros ensayos que validan las razones sostenidas por Mirta Casañas⁹ respecto a la diferente

⁷ *Ibid.*, p. 80.

⁸ “Ahora bien, será frente a esta supuesta superioridad de lo extraño y la supuesta inferioridad de lo propio, que reaccionen los autores del proyecto que denominamos asuntivo. El proyecto que tiene como punto de partida la propia realidad, por negativa que ella puede parecer, para tratar de construir sobre ella y con ella, el mundo que se anhela. Negación, pero en sentido hegeliano, negación que es afirmación. Esto es, absorción, asunción de la propia realidad. Y dentro de la realidad, la historia, el pasado. Asumiendo el todo para superarlo; negarlo, pero dialécticamente. Esto es, hacer de la realidad y pasado instrumento y elemento, de lo que se es y de lo que se quiere seguir siendo. Porque tal ha sido, precisamente, el supuesto secreto que ha permitido al occidente marchar de superación en superación. El proyecto asuntivo pretende ir más allá de la propia y concreta realidad, pero partiendo y contando con ella, cabalgando sobre su conocimiento y experiencia”. L. Zea, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978, pp. 270 y 271.

⁹ M. Casañas Díaz, *La recepción del marxismo en el pensamiento de Leopoldo Zea*, (tesis para obtener el grado de doctor en Filosofía, por la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana), La Haba-

recepción y comprensión del marxismo en la obra del pensador mexicano en diferentes momentos de su vida.

Zea sostiene que, el progreso de los países capitalistas desarrollados se basa en su contradictorio papel de hacer retroceder a los pueblos colonizados y neocolonizados, y de este modo se ubica de manera mucho más clara en una perspectiva materialista de la historia.

Algo similar ocurre cuando dialécticamente considera que la cultura occidental debe mucho a la de los pueblos por ella sometidos. De ahí que con razón afirmase que:

más que una reacción contra la cultura occidental, lo que se hace patente es una reacción para el logro de la auténtica universalización de la cultura. Los pueblos no aspiran ya a encerrarse, a cerrarse a la cultura occidental; saben que esto no es ya posible, las técnicas modernas hacen imposible este aislamiento. Desde el punto de vista técnico también la cultura occidental ha dado fin a los archipiélagos culturales.¹⁰

De manera que, al enfatizar en este aspecto tecnológico hace hincapié en los factores materiales que impulsan la historia y destaca la articulación entre lo universal y lo específico en la dinámica intercultural.¹¹

na, 1992; M. Casaña, "Leopoldo Zea y la perspectiva del desarrollo social para América Latina", en M. Magallón y otros, *Destino y contradestino de un quehacer filosófico*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1991.

¹⁰ Zea, *América en la historia...*, p. 91.

¹¹ Véase P. Guadarrama, "Lo peculiar y lo universal de la cultura latinoamericana en Leopoldo Zea", en P. Guadarrama, *Lo universal y lo específico en la cultura*, Bogotá, Universidad INCCA de Colombia, 1988; La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989; Bogotá, Universidad INCCA de Colombia, 1998, pp. 129-144.

Zea destaca cómo precisamente los pueblos marginados por la cultura occidental se han ido apropiando de algunos de los mejores valores de esta y desde ella combaten los productos nefastos que trae consigo el capitalismo, como el colonialismo y la discriminación.

Pueblos que están –sostiene– no contra el Occidente, sino contra la idea que el mismo tiene frente a ellos y contra las consecuencias de tal idea, su subordinación. Están, como estos mismos pueblos dicen, contra el *colonialismo*, pero no contra los valores de la cultura occidental; todo lo contrario, en nombre de estos valores se enfrentan al colonialismo.¹²

De tal forma, el filósofo mexicano aprecia de manera muy favorable el hecho de que:

los pueblos no occidentales, al adoptar un lenguaje como el que se ha transcrito aquí, están mostrando la hondura de su occidentalización. Una occidentalización que se hace patente en la adopción de los valores más positivos del mundo occidental con la consiguiente eliminación de los negativos.¹³

Acertadamente piensa que, tanto los Estados Unidos de América como la Unión Soviética en aquellos años cincuenta se afianzaban en los valores de la cultura occidental: los primeros en la libertad y esta última en la justicia social.¹⁴ A su juicio, ello dio lugar a un conflicto interno en la cultura occidental, e indudablemente la experiencia histórica más reciente de los intentos de los diferentes experimentos de

¹² Zea, *América en la historia...*, p. 94.

¹³ *Ibid.*, p. 97.

¹⁴ *Ibid.*, p. 99.

socialismo para acabar con el capitalismo ha demostrado que aún dicho conflicto no está resuelto.¹⁵

Para Zea, las amenazas a la cultura occidental no procedían de otras exteriores a ella, sino que eran engendradas por sus propias contradicciones internas:

La cultura occidental no es ya ahora de occidentales o de europeos; esta es ahora obra de todos los hombres de la tierra. El mundo occidental se ha extendido no solo en un sentido político y económico, sino también cultural.¹⁶

De este modo, premonitoriamente Zea atisbaba alguno de los procesos de la ya galopante globalización contemporánea.

El libro de Zea constituye una especie de laboratorio dinámico en el que se tratan de descomponer los elementos que incidieron en la marginalidad de Latinoamérica en la historia mundial o en su precaria pero no menos significativa participación en la consolidación de la cultura occidental. En él se tratan también de descubrir algunos de los resortes que impulsaron aceleradamente la historia de la América anglosajona.

Pero como eficaz investigador no sólo contribuye a develar los elementos de rémora que han incidido de forma tan negativa en el devenir histórico latinoamericano, sino que propicia el aprendizaje de la historia, no para repetirla eternamente, sino convocando y orientando a los nuevos sujetos sociales latinoamericanos de mediados del pasado siglo XX a pensar que otra historia para los pueblos de esta región no

¹⁵ Véase P. Guadarrama, "Humanismo real, positivo y concreto, justicia social, derechos humanos y/o eficiencia económica: retos para el socialismo en el siglo XXI", en P. Guadarrama, *Marxismo y antimarxismo en América Latina. Crisis y renovación del socialismo*, t. II, Caracas, Editorial El Perro y la Rana/Ministerio de Cultura, 2012.

¹⁶ Zea, *América en la historia...*, p. 101.

sólo era posible, sino que resultaba imprescindible si se quería escapar del círculo vicioso del subdesarrollo.

No debe pasarse por alto el hecho de que hacia 1958, en un ciclo de conferencias que impartía en el Centro “Rómulo Gallegos”, de Caracas, Zea saludaba al proceso revolucionario cubano que emergía de la Sierra Maestra, como augurio de que los pueblos latinoamericanos sí eran capaces de asumir nuevos protagonismos y no dejarse manejar como títeres ni por los viejos ni por los nuevos imperios.¹⁷ Zea siempre mantuvo una actitud profundamente solidaria con la Revolución Cubana por su ejemplo de dignidad y humanismo práctico que tanto había admirado en José Martí.

Si bien esta obra objeto de análisis de Zea fue producto de sus reflexiones sobre la historia americana hasta aquellos momentos, pudiera parecer que se escribió para los actuales tiempos emergentes de inicios del siglo XXI, en el que el protagonismo de los pueblos latinoamericanos se ha incrementado considerablemente, en especial su soberanía –como lo demostró la Cumbre de las Américas celebrada en la Cartagena–, y se emprenden ensayos de sociedades más humanas que no tengan que ver con referentes pasados del *socialismo real* ni del *capitalismo real*. Estos experimentos se desarrollan ante los desconcertados ojos de los que por mucho tiempo consideraron que el fin de la historia radicaba en una idílica sociedad comunista o en una no menos utópica capitalista neoliberal.

Con esta perspectiva de análisis he releído este libro, así como algunos otros que me obsequiara Zea durante varias conversaciones sostenidas con él, que se iniciaron en La Habana en 1985, cuando me invitó a presentar en el Congreso Interamericano de Filosofía en Guadalajara mis primeras in-

¹⁷ Véase G. Palamara, *En las garras de los imperialismos*, Bogotá, Planeta, 2012.

vestigaciones sobre el pensamiento filosófico latinoamericano. Gratos recuerdos acuden a mi memoria en ocasión de una larga plática en su biblioteca hogareña, en la que entre otros valiosos documentos, me mostró con satisfacción la foto de Arnold Toynbee autografiada por el célebre historiador británico.

De nuestros posteriores encuentros vendría un recíproco aprecio, que nos expresamos en varias ocasiones y que culminaría con su elogiosa valoración de mi libro *José Martí y el humanismo en América Latina*, que publicaría en *El Excelsior* bajo el título “Los humanismos de Pablo Guadarrama”. Allí comentó nuestra conversación en el largo viaje que compartimos entre México y Osaka, en ocasión de un Congreso de la Federación Internacional de Estudios Latinoamericanos y del Caribe (FIEALC), al que propuso se me invitara como conferencista.

En varias ocasiones he expresado mi alta estimación por las contribuciones del destacado filósofo mexicano al estudio del pensamiento y la cultura latinoamericanas.¹⁸ Hoy, tras su desaparición física, mi aprecio se ha incrementado, por la sencilla razón de que la historia de la filosofía en América Latina, a partir de sus notables contribuciones, solo se podrá escribir asumiéndolas o criticándolas, pero jamás será posible ignorarlas.

Al recibir la noticia de su fallecimiento, momentos antes de iniciar una conferencia sobre el pensamiento filosófico latinoamericano en la Universidad del Cauca, Popayán, rememoré de inmediato aquella profunda idea martiana según la

¹⁸ Véase P. Guadarrama, “Urdimbres del pensamiento de Leopoldo Zea frente a la marginación y la barbarie”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 37, México, enero-febrero, 1993, pp. 51-64; Zea, “Filosofar a la altura del hombre. Discrepar para comprender”, en *Cuadernos de Cuadernos*, núm. 4, México, 1993, pp. 267-281.

cual “La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida; truécase en polvo el cráneo pensador; pero viven perpetuamente y fructifican los pensamientos que en él se elaboraron”.¹⁹

Sin duda, este homenaje que hoy se le rinde en el centenario de su natalicio es prueba fehaciente de que su obra vive entre nosotros y perdurará en los múltiples interesados en la cultura latinoamericana en diversas partes del mundo donde se le estudie.

América en la historia constituye un ejemplificador esfuerzo por reinterpretar el sentido de la historia de este continente a partir del consecuente presupuesto de invertir la propuesta marxiana, al tener que considerarse hoy que el mundo se ha transformado ya significativamente, al menos para los pueblos americanos, desde su conquista y colonización, y de lo que se trata ahora es de volver a interpretarlo para poder actuar mejor en su transformación.

Tales son las tareas que nos ha dejado Zea a las nuevas generaciones de intelectuales que, en esta época estamos obligados no sólo a realizar una exegesis de sus libros y sus aportes²⁰ —aunque esta labor también resulte imprescindible, pues de lo contrario, es posible que inútilmente invirtamos tiempo en descubrir lo ya descubierto por él, otros filósofos latinoamericanos y de otras latitudes y épocas—, sino a emprender el trabajo de análisis y comprensión de la historia

¹⁹ J. Martí, “Pilar Belaval”, en *El Federalista, edición literaria*, México, 5 de marzo, 1876.

²⁰ “Sus grandes batallas filosóficas fueron: oponerse a la dependencia teórica (coincidiendo con la teoría de la dependencia propuesta por Faleto y Cardoso); rescatar a nuestros pensadores-héroes como Martí y Bolívar; profundizar en la conciencia e identidad latinoamericana y buscar, en forma constructiva, tanto una filosofía de la historia como una filosofía del hombre”. G. Vargas Lozano, *Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo xx) y otros ensayos*, México, Ideas Mexicanas, 2005, p. 163.

americana a partir del punto máximo al cual arribaron sus reflexiones teóricas.

Por supuesto que, el libro en cuestión no constituye más que un peldaño, pero imprescindible en la ascendente evolución en la que se fue conformando su vasta obra posterior. No cabe duda de que esta obra constituye una de las principales que revelan la madurez teórica, originalidad y autenticidad del filósofo mexicano.

Si somos consecuentes con la sugerencia de Marx relativa a estudiar cualquier fenómeno en el momento de mayor desarrollo –presupuesto metodológico que lo llevó a estudiar el devenir histórico del capitalismo entonces en Inglaterra y no en otro país del mundo–, de la misma forma, se debe valorar esta obra de Zea como una de las expresiones de su mayor elaboración reflexiva sobre la historia y la cultura latinoamericanas. De ahí que su estudio debe ser referencia paradigmática para los investigadores actuales sobre el tema.

En análisis anteriores a *América en la historia*, Zea había abordado la misma problemática, pero desde una perspectiva algo diferente, pues prevalecía más la inconformidad con la situación de subestimación que consideraba prevaleciente en los pueblos latinoamericanos y en particular, en sus intelectuales. Esto se observa en su libro *América como conciencia* (1953), escrito unos años antes del presente objeto de análisis, en el que planteaba:

El temor a ser simplemente una sombra o un eco de otra cultura es sólo propio de pueblos coloniales como los nuestros. Mientras el europeo ha venido partiendo, hasta ayer, de la futura creencia de la universalidad de su cultura; nosotros hemos estado partiendo de la no menos segura creencia de la insuficiencia de la nuestra. Mientras Europa crea y recrea a sus clásicos, nosotros ignoramos a los nuestros. Y los ignoramos porque partimos del falso supuesto que nos ofrece la comparación de lo nuestro con lo eu-

ropeo. Partiendo de este supuesto nos empeñamos en no tener nuestros clásicos, sino los clásicos que nos ofrece Europa. Nos estamos quejando de las malas imitaciones que realizan nuestros pensadores porque quisiéramos “imitaciones perfectas”.²¹

Cuando Zea posteriormente sugirió que: “solo imitando su espíritu de originalidad e independencia, y no los puros frutos de ese espíritu, es como América podrá ser algo más que una sombra, un eco, o un reflejo de Europa, una colonia del viejo mundo”,²² proponía alternativas de solución a aquella incómoda circunstancia y actitud, al mismo tiempo que vindicaba la premisa básica que había motivado a Simón Rodríguez a sostener que “o inventamos o erramos”²³ y había llevado a José Martí a insistir en que “Reproducir no es crear: y crear es el deber del hombre”,²⁴ así como “[...] el que es capaz de crear, no está obligado a obedecer”.²⁵

La historia latinoamericana de la última centuria ofrece signos alentadores de tal práctica del “espíritu de originalidad” que ya hoy está presente en la actividad política, cultural y social de la mayor parte de los pueblos latinoamericanos. A la vez, son múltiples los ejemplos que evidencian el creciente protagonismo mundial de estos, no sólo en lo referido a su producción literaria, artística, científica, filosófica, etc., sino en algo más importante aún, en los experimentos socio-

²¹ Zea, *América como conciencia*, México, UNAM, 1972, p. 10.

²² Zea, *América en la historia...*, p. 14.

²³ Véase D. Cuneo, “Aproximación a Simón Rodríguez”, en *Simón Rodríguez: Inventamos o erramos*, Caracas, Biblioteca Básica de Autores Venezolanos/Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2004.

²⁴ J. Martí, “En los Estados Unidos”, en *La Nación*, Buenos Aires, 29 de enero, 1888, en *Obras Completas*, t. II, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, p. 361.

²⁵ J. Martí, “Libros nuevos”, en *Obras Completas*, t. XV, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, p. 191.

políticos de construcción de nuevos modelos de sociedades más democráticas en realidad, respetuosas de los derechos humanos fundamentales –que no deben ser reducidos a los políticos y jurídicos–, más equitativos en cuanto a la distribución de la riqueza producida, más solidarias e internaciona- listas, marcados por significativos resultados de integración y con mayor participación de sectores sociales anteriormente marginados, no solamente obreros, sino también campesinos, indígenas, estudiantes, mujeres, etc. En los tiempos actuales, ya no se mantiene aquella situación denunciada entonces por Zea en las primeras páginas de su obra, según la cual: “[...] el iberoamericano, a diferencia del sajón, no intenta crear un mundo nuevo, sino repetir aquel del cual es originario”.²⁶ Criterio este que parece cambiar en la parte final del propio libro.

Varios ejemplos actuales ponen de manifiesto que los pueblos latinoamericanos, sin caer en la trampa de la amnesia histórica –sugerida por Toffler, Obama y Openheimer–,²⁷ están convencidos de que los pueblos que no conocen su historia están obligados a repetirla, cultivan la memoria histórica no cual incansables plañideras sino para orientar a las nuevas generaciones ante el hecho de que aun:

El tigre, espantado del fagonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al

²⁶ *Ibid.*, p. 20.

²⁷ “No hay nada malo en que los países examinen su pasado, honren a sus héroes, y a veces idealicen a sus próceres, pero si la pasión necrológica consume gran parte del discurso político y la energía de sus gobiernos, se convierte en un factor paralizante para la construcción del futuro, o por lo menos uno que desvía la atención sobre los temas que deberían ser prioritarios”, A. Openheimer, *¡Basta de historias! La obsesión latinoamericana con el pasado y las 12 claves para el futuro*, Bogotá, Random House Mondadori, 2010, p. 38.

aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima.²⁸

Y así acecha aun en la noche para devorar cualquier endeble presa que quede aislada de la manada, por eso ahora es más necesaria que nunca antes la integración latinoamericana.

Aún cuando la obra de Zea, en sentido general y ésta en particular, aspiraba a promover el necesario protagonismo de los pueblos latinoamericanos en la historia mundial, en *América en la historia* se aprecia en cierta medida, al menos en la primera parte del libro, el eurocentrismo predominante que de alguna u otra forma había impregnado su formación filosófica. Esto puede observarse cuando acepta la tesis de que América “es un continente aún inmaduro, pero que puede madurar por obra del occidental. El occidental tiene como misión incorporar estas tierras a la historia occidental”.²⁹

Tal idea está referida básicamente a la América sajona, que a su juicio ya estaba entrando a grandes pasos en la historia, pero:

ya no sucede lo mismo con la América ibera, con la América colonizada por españoles y portugueses. Estos, aunque europeos como los sajones, no son otra cosa que los últimos y empecinados defensores de un pasado que no tiene por qué seguir permanentemente.³⁰

Así, aflora cierta inconformidad con la postura que, por lo general, han asumido los latinoamericanos respecto a su herencia socioeconómica, política y cultural proveniente de la colonización hispano-lusitana.

²⁸ Martí, “Nuestra América”, en *Obras Completas*, t. VI, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975. En <http://www.ciudadseva.com/textos/otros/nuestra.htm>

²⁹ Zea, *América en la historia...*, p. 29.

³⁰ *Ibid.*

Pero en esta misma obra, hacia los capítulos finales, aparecen signos de optimismo respecto a la autoestima que van logrando los latinoamericanos sobre su cultura y, a la vez, la valoración que comienza a adquirir lo propio, lo criollo, lo mestizo en la conformación de la cultura latinoamericana como componente de la cultura occidental. Tal actitud se aprecia cuando sostiene que:

Se va abandonando ese inútil empeño en hacer de la América ibera una América occidental ciento por ciento, y se van aceptando, como elementos positivos, raíces culturales no occidentales que forman su mestizaje cultural. Iberoamérica sabe que la historia la hacen todos los hombres, y con ellos todos los pueblos.³¹

Aunque en esta obra afloraban signos de confianza en las potencialidades emergentes de los pueblos y la cultura latinoamericana como parte indispensable de la cultura universal, Zea no había podido aún escapar del todo de las redes de una perspectiva hegeliana de la historia, por lo que plantea:

pero hay algo que no aprende el iberoamericano, la forma de la negación utilizada por el moderno para crear su nuevo mundo. Este, lo mostrarán sus más grandes filósofos de la historia, como Hegel, entiende por negar asimilar, conservar la experiencia alcanzada para no tener que volver a repetirla.³²

Tal perspectiva hegeliana también se observaba entonces en sus ideas al considerar a Rusia y a España al margen de Occidente.³³

En otros de sus libros de finales de los años cincuenta, como *La cultura y el hombre de nuestros días* (1959), también

³¹ *Ibid.*, p. 191.

³² *Ibid.*, p. 24.

³³ *Ibid.*, pp. 118-154.

puede apreciarse la huella de tal perspectiva de la filosofía de la historia, al plantear:

Somos pueblos en suspenso, expectantes de algo que no tenemos y que sólo podemos tener si hacemos a un lado esa expectación, esa espera, ese dudar de nuestra humanidad, y actuamos, pura y simplemente en función de lo que queremos ser, sin más.³⁴

Debe considerarse que tal visión teleológica de la historia podría limitar la toma de conciencia de las potencialidades protagónicas y emancipadoras de los pueblos latinoamericanos en su misión de construir futuros propios.

Sin embargo, las vehementes convicciones de Zea sobre las capacidades emergentes reprimidas de los pueblos latinoamericanos se impondrían a la larga y superarían aquel lastre eurocéntrico que se entrevía en algunos de sus trabajos de los años cuarenta e inicios de los cincuenta y aun puede encontrarse en la primera parte de *América en la historia*. Paulatinamente, se observa en su pensamiento una mayor confluencia con las ideas latinoamericanistas e integracionistas de Bolívar y Martí. De igual modo, se acentúa su antiimperialismo, así como la toma de conciencia de continuar la misión de la generación de pensadores como Rodó, Henríquez Ureña, Vasconcelos, Ramos, etc. Aquella generación había tratado de reivindicar la dignidad social y cultural de los pueblos de *Nuestra América* y se enfrentó a la *nordomanía*.³⁵

³⁴ Zea, *La cultura y el hombre de nuestros días*, México, UNAM, 1959, p. 143.

³⁵ Véase P. Guadarrama, *Positivismo en América Latina*, Bogotá, Universidad Nacional Abierta a Distancia, 2001; *Antipositivismo en América Latina*, Bogotá, Universidad Nacional Abierta a Distancia, 2001; *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2004; “Razones del positivismo y el antipositivismo *sui generis*

Zea asumió la honrosa misión de continuar aquella misión para reivindicar y tratar de dignificar ante los ojos del mundo el valor de la cultura latinoamericana, en particular, de su pensamiento filosófico, al que consideraba de profundo valor por su dimensión humanista y política,³⁶ y del cual él mismo era uno de sus mejores exponentes.³⁷

En otro momento de la obra en cuestión, con una mirada algo dubitativa considera que:

El mundo iberoamericano es, al mismo tiempo, todo lo que puede llegar a ser y todo lo que no tiene ya razón de seguir siendo. Mundo del futuro, utopía, en cuanto no tiene asiento en una realidad que lo esté realizando. Formas sin contenido,

en América Latina”, en *Cuadernos Americanos*, vol. 3, año xxv, núm. 137, México, UNAM, 2011, pp. 125-149.

³⁶ “Un pensamiento especialmente político y cultural, preocupado por cambiar la situación de dependencia que ya es claramente consciente a los latinoamericanos. Es un reflexionar, por este mismo motivo, político. Lo político caracteriza a este filosofar que se origina en nuestra América; pero también es cultural, ya que parte de la conciencia de la urgente necesidad de cambios estructurales que tengan su raíz en la misma mente de los latinoamericanos. Ahora bien, ¿puede ser esta reflexión política propia de una auténtica filosofía? Por supuesto que sí. Si seguimos la historia de la filosofía europea, u occidental, veremos que toda ella culmina siempre en una preocupación política”. Zea, *Filosofía latinoamericana*, México, Editorial Trillas, 1987, p. 28.

³⁷ “Zea tiene razón, a mi juicio, en reivindicar el problema del humanismo como punto de partida de la filosofía latinoamericana; en considerar que la filosofía ha tenido una función ideológica y política; en considerar que la filosofía debe tener una función de liberación y que una filosofía auténtica debe ser la que tome a su cargo los problemas que más nos interesan como latinoamericanos”. G. Vargas Lozano, *Intervenciones filosóficas: ¿Qué hacer con la filosofía en América Latina?*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2007, p. 198.

anhelo sin fuerza que lo impulse a realizarse. Esto es, *nada* aunque pueda teóricamente serlo todo.³⁸

De ahí que, contradictoriamente confíe en que “la América ibera queda, en esta forma, como materia llena de posibilidades a realizar por manos más hábiles”.³⁹ Y por otra parte, sostiene que: “No le queda sino un futuro; pero un futuro sin posibilidades; porque estas se han esfumado con el pasado y el presente nihilizados”.⁴⁰

En el pensamiento de Zea en estos convulsos años cincuenta es comprensible que no se observe con suficiente claridad el posible devenir del futuro latinoamericano, después de tantos intentos frustrados de luchas antimperialistas y por renovación social evidenciados en los atentados contra las ideas y las obras de Martí, Sandino, Cárdenas, Perón, Paz Estenssoro, Gaitán, Arbenz ,etc., además del despliegue del macartismo, la Guerra Fría –que no lo era tanto como lo evidenció Hiroshima y Nagasaki primero y la guerra de Corea después–, así como las revelaciones del estalinismo y su impacto sobre las políticas de los partidos comunistas en América Latina. A ello se añaden las dictaduras de Somoza, Batista, Trujillo, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla etc., que obstaculizaban las posibilidades del desarrollo democrático latinoamericano. Todo lo anterior explica que, el optimismo histórico no prevaleciese entonces fácilmente en la visión del filósofo mexicano, y afloraran por esa época rasgos de escepticismo, pesimismo y nihilismo en su pensamiento. Ante tales nubarrones de la historia latinoamericana y mundial podía justificarse la incertidumbre sobre el posible rumbo de Latinoamérica.

³⁸ Zea, *América en la historia...*, p. 30.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*, p. 31.

La severa crítica a la que Zea somete a la modernidad capitalista cultivadora de un desenfrenado individualismo que ha marginado a los pueblos de Asia, África y América Latina,⁴¹ mantiene hoy toda su vigencia, especialmente cuando se observa la negativa de las potencias industrializadas a tomar medidas ecológicas para salvaguardar el medio ambiente, junto a la actitud depredadora ante los bosques, reservas de agua y fuentes abastecedoras de petróleo y otros recursos energéticos.

Con profunda razón argumenta Zea que este individualismo contribuye de manera especial a la crisis de la sociedad contemporánea. Sus reflexiones al respecto mantienen toda vigencia y en particular, la concepción de “progreso” enarbolada por los ideólogos del liberalismo y actualmente del neoliberalismo. Progreso:

entendido este como infinita acumulación de bienes materiales para el provecho de un individuo o un selecto grupo de individuos. Individuo o grupo de individuos privilegiados a los cuales se encontrará una justificación moral que los haga ser aceptados como tales por todos, aun por aquellos individuos o pueblos que pertenecían al grupo de los no privilegiados, de los que colaboraban con su esfuerzo y sus bienes en el bienestar de estos.⁴²

Pero la validez de la crítica de Zea no sólo está referida a la confrontación de los pueblos latinoamericanos contra los países capitalistas desarrollados, sino también contra el hecho de que estos:

⁴¹ “[...] este individualismo será el que se oponga a la incorporación de otros pueblos a la historia que ellos construían, en otra forma que no fuese la de la subordinación. Asia, África y la América Latina serán excluidas de los ámbitos de la modernidad con diversos pretextos”. *Ibid.*, p. 35.

⁴² *Ibid.*

se ven obligados a luchar no solo contra los grupos más conservadores de sus propios países, sino contra esos mismos pueblos que admiran y les sirven de modelo (Estados Unidos de América, Inglaterra y Francia), los cuales se han transformado en fuerza que no solo estimula a las fuerzas opuestas a sus anhelos, sino que, inclusive, las defiende enviando en su apoyo todos los elementos materiales que son necesarios para su conservación y triunfo.⁴³

La aguzada visión del filósofo mexicano le permitió apreciar no solo los factores exógenos, sino también los endógenos que limitaban en su época y aún hoy continúan entorpeciendo el proceso emancipador y la recomposición de la malograda modernidad latinoamericana.⁴⁴ A su juicio, el “nuevo hombre, el hombre occidental y su cultura se ven y se presentan a sí mismos como entes predestinados al triunfo, un triunfo permanente, sobre hombres y pueblos que no se les subordinen voluntariamente”.⁴⁵

Zea devela la función ideológica que han desempeñado algunos filósofos a fin de justificar un determinado *statu quo*, como sucedió con el advenimiento de la modernidad y como sigue sucediendo hasta nuestros días.

Una vez alcanzado –sostenía– el predominio del mundo occidental, la gran preocupación de sus filósofos e historiadores es justificar su predominio en el futuro, en un futuro sin fin que se ha hecho patente en la idea de progreso.⁴⁶

⁴³ *Ibid.*, pp. 36 y 37.

⁴⁴ Véase P. Guadarrama, “La malograda modernidad latinoamericana”, en *Exégesis*, año 7, núm. 20, Puerto Rico, 1994, pp. 13-18; *América Latina, marxismo y postmodernidad*, Bogotá, Universidad INCCA de Colombia, 1994, pp. 65-76; *Humanismo, marxismo y postmodernidad*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1998, pp. 134-143.

⁴⁵ Zea, *América en la historia...*, p. 55.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 56-57.

En este aspecto la historia no ha cambiado mucho, por lo que aparecen, desaparecen y reaparecen los Fukuyama, Huntington, etc., para tratar de justificar la supuesta eternidad del capitalismo.

En este libro se relevan con creces las profundas reflexiones antropológicas que caracterizan todo el pensamiento de Zea. En él se enfatiza su criterio de que:

si el hombre tiene alguna naturaleza, esta naturaleza es la historia. El hombre es un ente histórico por excelencia. Si algo caracteriza al hombre, si algo lo define es, precisamente, su falta de definición, su tener que “hacerse” permanentemente hasta su muerte.⁴⁷

Tal conciencia de la historicidad humana será la que reclamaría Zea de manera permanente a los pueblos latinoamericanos. Ante esta cuestión surge la interrogante: ¿Se mantendrá en la actualidad latinoamericana la misma falta de conciencia de esta historicidad y del protagonismo de sus pueblos?

Basta encender el televisor todos los días para percatarse del significativo cambio histórico que se ha producido en ese sentido en los últimos años. No solo huelgas, manifestaciones, reuniones cumbres de los pueblos, etc., constituyen acciones de protesta, sino que al observar la composición social de múltiples parlamentos y gobiernos latinoamericanos, por supuesto en unos más que otros, se aprecia la activa participación de obreros, indígenas, mujeres, afrodescendientes, estudiantes, etc. Por fortuna, la historia ha ido cambiando porque sus protagonistas son otros, precisamente los que desde mediados del pasado siglo XX –reclamaba Zea– debían asumir su protagonismo.

El optimismo histórico, que a la larga se impondría en todo el pensamiento de Zea, aflora en este libro al analizar

⁴⁷ *Ibid.*, p. 38.

el papel del “progreso” en el pensamiento moderno. Al criticar el nuevo tipo de determinismo que sustituye al teológico anterior, Zea revela que la confianza en la marcha progresiva del género humano no debe conducir ni a una visión ascendente y fatal del mismo⁴⁸ ni a la renuncia a este, como intentarían posteriormente los posmodernistas.

Zea indica que “la historia, una vez negada como un pasado que sólo servía de obstáculo, se convierte en línea ascendente dentro de la cual el único protagonista es el hombre occidental”.⁴⁹ Por eso, él consideraba que los latinoamericanos somos parte también del mundo occidental de la misma manera que hemos participado en el festín de la modernidad, como sostiene Octavio Paz, pero recogiendo las migajas del patio. Zea se siente incómodo ante esa situación, en la que no se puede impulsar el protagonismo real de los pueblos latinoamericanos en la construcción de “su progreso” y abandonan el papel de ser solo los propiciadores del “progreso” de los países capitalistas desarrollados.

Por ese motivo, Zea se revela como un crítico denunciante de la situación de dependencia socioeconómica, política y cultural de los pueblos latinoamericanos a mediados del pasado siglo y, en particular, de la profunda inequidad prevaliente, como puede apreciarse no sólo en esta obra objeto de análisis, sino en todas las que le sucedieron. En los años noventa continuaría sosteniendo que:

Los pueblos que hasta ayer hacían suyo entusiastamente el proyecto libertario, alzan ahora sus manos para el logro del proyecto igualitario. Estos pueblos han aprendido que la libertad sin igualdad es imposible, que ningún hombre o pueblo es libre

⁴⁸ “Florecimiento infinito de la cultura occidental en línea siempre ascendente”, en *Ibid.*, p. 43.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 44.

si antes no es reconocido como igual a otros hombres y pueblos. De esta forma, proyectos que parecían estar enfrentados resultan ser complementarios. Es una complementación de difícil realización, no por su lógica, sino por lo que niega contra toda lógica; intereses que se niegan a aceptar una igualdad que limitaría su exclusiva libertad, lo cual nada tiene que ver con la libertad de los otros hombres.⁵⁰

Tal vez para algunos críticos desde posiciones marcadamente de izquierda, dicha labor de denuncia no resultaría suficiente, ya que Zea no planteaba una propuesta radicalmente revolucionaria como solución a tales condiciones de dependencia e inequidad social. En lugar sólo de protestas exigirían también propuestas.

Se ignora así el extraordinario papel que han podido desempeñar sus ideas en todos aquellos espacios académicos e intelectuales de los diversos países donde ha ejercido influencia su pensamiento, no sólo al denunciar la situación de los pueblos latinoamericanos sin analizar las causas internas y externas que propiciaron la dominación y la forma en que ha discurrido la historia de esta región. Pero su filosofía tiene proyecciones universales porque así se proyecta en función de contribuir a la liberación de todos los hombres oprimidos del mundo.⁵¹

⁵⁰ Zea, *Discurso desde la marginación y barbarie*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1995, p. 248.

⁵¹ “No sólo acción, encaminada a subvertir, a cambiar un orden en el que la auténtica esencia del hombre ha sido menoscabada. Filosofía que aspira a realizar el mundo que la filosofía que le antecedió hizo patente como necesidad. Una nueva actitud que cumplirá, también, su función, como la que le antecedió cumplió la suya. No ya sólo una filosofía de nuestra América y para nuestra América, sino filosofía sin más del hombre y para el hombre en donde quiera que éste se encuentre”. Zea, *Filosofía americana como filosofía sin más*, México, Siglo XXI, 1969, p. 160.

¿Acaso una labor intelectual como la de Zea, de análisis crítico de la historia, la cultura y el pensamiento latinoamericano, no ha contribuido al enriquecimiento de la conciencia histórica de muchos sectores intelectuales y políticos latinoamericanos que, de alguna u otra forma, han incidido en la actividad práctico-política de sus diversas circunstancias? Por supuesto que, para un exigente enfoque metodológico positivista en la investigación no existen pruebas, hechos, elementos objetivos, etc., para demostrar tal hipótesis. Siempre habrá quienes pongan en duda el efecto de las ideas, y en particular, las filosóficas, en la conformación de nuevas circunstancias históricas.

Sin embargo, nunca se debe subestimar el papel de la labor intelectual en la subversión de los órdenes establecidos. Eso lo conocen muy bien los sectores tradicionales de la derecha, por eso en la plataforma del Partido Republicano de los Estados Unidos de América, conocido como Documento de Santa Fe II, se referencia a Gramsci –lo cual evidencia que la derecha utiliza muy bien a los intelectuales de izquierda, incluso en ocasiones mejor que la izquierda misma– cuando el marxista italiano aseguraba que la clase obrera no podría por sí misma tomar el poder político, pero con la ayuda de los intelectuales sí podría hacerlo.

De manera similar, la labor intelectual de Zea ha expresado su valor y utilidad en el proceso de enfrentar el encubrimiento de Latinoamérica que nos impusieron y, en ocasiones, nos impusimos los latinoamericanos.⁵² Hoy sus ideas

⁵² “Así al encubrimiento impuesto por los descubridores y conquistadores de esta región en América, siguió el que así mismos se impusieron los creadores de patrias y naciones que nada querían saber del pasado de servidumbre. Del dominio impuesto se pasó al dominio al que había que aceptar para pagar por apropiarse de modelos extraños a estas patrias. Encubrimiento al que seguirán otros”. Zea, *América como autodescubrimiento*, México, ICELAC, 1986, p. 27.

están latentes no sólo en la vida académica e intelectual de la reconstrucción histórica del pensamiento latinoamericano, sino en los trascendentales pasos hacia la integración de los países de esta región a través del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), etcétera.

A Zea con razón se le ha considerado “[...] el filósofo mexicano de mayor reconocimiento e influencia en el resto del mundo, sobre todo, en América Latina y el bloque socialista”.⁵³ Tal indiscutible condición nos obliga a profundizar en el estudio de su ideario, a divulgarlo, promoverlo, pero sobre todo superarlo en las nuevas circunstancias que hoy nos exige el prometedor siglo XXI.

Como afirma José Luis Gómez Martínez:

La obra de Zea ejemplifica su concepto de filosofía, pues se formula en íntimo diálogo con su circunstancia y siempre de acuerdo a dos notas distintivas: su carácter dialógico y su constante problematizar los presupuestos de todo discurso opresor.⁵⁴

Si queremos ser dignos continuadores de ella, no tenemos otra alternativa que convertirnos en perennes dialogantes con las nuevas circunstancias históricas que nos reclaman nuevos esfuerzos de interpretación teórica de la emergente realidad sociopolítica y cultural latinoamericana.

⁵³ G. Hurtado, “La filosofía en México en el siglo XX”, en M. Garrido, N. Orringer, L. Valdés y M. Valdés, *El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2009, p. 1166.

⁵⁴ J.L. Gómez-Martínez, “Leopoldo Zea (1912)”, en C.A. Jalif de Bertrano, *Semillas en el tiempo el latinoamericanismo filosófico contemporáneo*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2001, p. 300.

América en la historia concluye con un optimismo histórico que no duda de haber dejado atrás cualquier tipo de lamentación –que puede observarse aun en los primeros capítulos de este libro, en el que, a nuestro juicio, puede apreciarse la inflexión de su pensamiento hacia una postura más optimista– por lo que pudo haber sido y no fue la historia latinoamericana. Invocando de manera permanente la necesidad de abandonar cualquier actitud mimética –sin que esto signifique desconocer el valor de los aportes de otras sociedades y culturas–, convoca a retomar las ideas de Bolívar y reitera que “La América ibera deberá seguir sus propios caminos, tal y como lo hicieron los pueblos modernos, y crecer de acuerdo con ellos”.⁵⁵

Cada nueva lectura que hagamos de este libro nos permitirá no sólo revalorizar con acuciosa mirada filosófica la conflictiva historia de las dos Américas que devinieron de sus diferentes procesos de conquista y colonización, sino en particular, apreciar las potencialidades que se fueron desplegando en los pueblos latinoamericanos con el impulso de sus próceres y el apoyo intelectual de sus pensadores en el proceso de re-crear la modernidad por caminos propios y enrumbarlos hacia su genuina dignificación. Zea cumplió plenamente con la tarea que su época y circunstancias le demandaban, por eso fue y sigue siendo un filósofo auténtico, continuador de la labor humanista de sus antecesores.

¿Será que podemos sentirnos satisfechos con nuestra labor intelectual con las nuevas misiones que Latinoamérica y el Caribe hoy nos plantean?

⁵⁵ Zea, *América en la historia...*, p. 272.